

La Arena

Cayo Mario el Viejo, mi patrón, abre el portón y empuja al primer gladiador dentro del coliseo. Este, que no estaba preparado aún para entrar al combate, cae sobre sus rodillas y se raspa las palmas de sus manos con el suelo de la arena. El *bestiarius* se levanta, agarrando torpemente su lanza y se apresura sin gracia hacia el centro del coliseo, donde esperará a la salvaje fiera que esté destinada a enfrentarse a él. Me echo hacia atrás tirando de mi toga para cubrirme, como si esta me pudiera proteger, con miedo de que Cayo Mario haga lo mismo conmigo. Sé que, como esclava, no debería cuestionar los entretenimientos de mi amo, pero no puedo evitar preguntarme si la diferencia entre que Cayo Mario estuviese en las gradas como un mero observador o aquí preparado para *lanzar* a los luchadores a la muerte influirá en la suerte de estos guerreros.

—Myia, llama al siguiente —susurra y le da vueltas al anillo en su mano.

Él ama su anillo dorado, con su sello de laureles. Yo odio las marcas ensangrentadas de laureles en mis mejillas, las heridas y cicatrices que causa el golpeo repetitivo de ese anillo.

Avanzo por el pasillo hasta las celdas de combate, donde esperan los gladiadores, y llamo a dos robustos hombres.

—*Retiarius*, *murmillo*, os toca —ambas clases de gladiadores se acercan.

—¿De verdad vas a llamar al señor Neptuno y a su amigo el carapez? —dice el *thraex* señalando la red y el tridente del *retiarius* y el casco del *murmillo*.

—Los he llamado a ellos, *thraex*. Son las clases que pelearán ahora.

—Sabes que soy más fuerte que cualquiera de los dos.

—¿Con tu espadita curva? No me extraña que conquistaran Grecia —le escupo, atacando al lugar del que vienen todos los de su especie mientras el *dimachaerus* deja escapar una sonrisa—. Venid.

Los gladiadores me siguen hasta donde descansa Cayo Mario el Viejo, apoyado contra una pared sin importarle que sus ropas rojas se manchen de arenisca.

El *retiarius* le da la mano al *murmillo*, que se la estrecha, y juntos entran a la arena.

—Salve, César, los que van a morir te saludan —oigo que dicen ya muy lejos de nosotros. Como siempre, una parte débil de mí espera que vuelvan ambos con vida. Quizá porque no quiero que mueran, quizá porque no quiero limpiar la sangre.

Pasan los minutos mientras quejidos y gritos salen del coliseo. Escucho atentamente los golpes de metal contra metal y luego la sacudida de las cuerdas y las redes.

Aunque desde el portón apenas suelo ver lo que sucede en el interior, esto cambia.

El *murmillo* sale corriendo mientras el *retiarius* lo persigue con su tridente.

Eventualmente pasan junto al portón y contemplo la pelea. El *murmillo* intenta alcanzar a su oponente con su espada corta hasta que el *retiarius* le tira encima su red. Él se revuelve contra esta, intentando cortarla con una hoja demasiado corta y roma para poder liberarse. Ser rápido no le servirá de nada si está atrapado.

—Tenemos que sacarlo, señor, el *retiarius* lo matará.

—¿Ahora comprendes el arte de los combates? Déjalos luchar—me responde Cayo Mario con desdén y yo me encojo agachando la cabeza, sin saber qué clase de inadmisibles osadías me ha hecho hablar en primer lugar.

El *retiarius* levanta su tridente y lo apunta hacia el pecho del otro gladiador, dispuesto a atravesar con él su ligera armadura.

—¡Detente! —le pide el *murmillo* antes de que el *retiarius* lo embista con el tridente.

Yo aparto la cara, pidiendo a los dioses que no lo haya matado, mientras oigo los

jadeos de ambos guerreros sin casi atreverme a mirarlos. Cuando los vuelvo a observar descubro al *retiarius* alzando las manos para quitarse el casco y dejarlo caer al suelo. Suelo en el que se encuentra el *murmillo*, con el poderoso tridente de su adversario clavado con firmeza junto a su costado, apenas arañando su armadura. Como la mayoría de veces, esto es un inofensivo espectáculo recreativo y yo suspiro tranquila. Por el momento, no tengo que sacar a rastras cuerpos del coliseo.

—Tres gladiadores para el último enfrentamiento, Myia.

Vuelvo a las celdas a buscar a tres hombres esta vez.

—*Hoplomachus* —nombro al primero, pero este se encoge.

—Ya has sacado al *murmillo* —indica, refiriéndose a que es su contrincante habitual.

—¿No quieres pelear, hoplita? —ríe el *thraex* delineando el filo de su hoja curva con las yemas de sus dedos.

—¿*Provocator*? —pregunto, pero este niega con la cabeza.

—Los de su clase siempre abren los combates, no esperes que el *provocator* cierre las luchas de hoy, Myia —susurra el *dimachaerus*, levantándose. El *thraex* y el *secutor* lo imitan. Ya tengo a los tres.

Vuelvo a Cayo Mario con ellos a la espalda, escuchando las burlas con que atacan al *provocator* y a su casco de plumas. Lo llaman cobarde e indigno entre susurros.

—Vamos, adentro —les insta Cayo Mario con el portón abierto.

Todos caminan hacia el interior, donde el coliseo está únicamente iluminado por los últimos rayos de luz de esta tarde, para mí fortuna, poco sangrienta.

Si tengo suerte, no tendré que asistir a ninguno de estos gladiadores.

Sin previo aviso, antes incluso de pronunciar el saludo a César, el *thraex* agita su espada curva y le asesta uno, dos, tres golpes al *dimachaerus*, rasgando sus carnes en largos e irregulares tajos. El *dimachaerus* cae al suelo con un sonido quedo.

—¡No! —grito ante el horror de la escena, justo a tiempo para que Cayo Mario el Viejo me silencie con un golpe de su anillo de laureles.

Desde el suelo, aturdida, contemplo como el *thraex* blande otra vez su espada, lo suficientemente lento como para que el *secutor* intercepte la hoja con su escudo, desequilibrando al *thraex*.

En apenas unos segundos, el *secutor* acosa al *thraex* con su escudo, agitándolo con vehemencia, y lo reduce con grotescos golpes. Lo matará.

Me levanto, corriendo para escapar de Cayo Mario y me apresuro hasta los tres guerreros. Tal vez el *thraex* merezca la muerte por atacar antes del saludo, a traición, pero tengo que asistir al *dimachaerus*.

—Por favor —le pido al *secutor* acercándose a los dos cuerpos con manos temblorosas. Entrar al coliseo bien puede costarme la vida, pero, aún así intento no pensar en ello, así como no mirar a César ni a la multitud.

El *secutor* se detiene, sin hacer mención de irse, y yo busco las heridas del *dimachaerus*. Son grandes, pero superficiales, si lo saco del coliseo y lo tratan no tardará más de unas semanas en recuperarse.

Tomo a ese gladiador de los brazos y empiezo a tirar con todas mis fuerzas, dispuesta a llevarlo de regreso al portón mientras el *secutor*, a regañadientes, me imita con el *thraex* herido.

Dejamos ambos hombres sentados con la espalda apoyada en la pared tras el portón mientras estos profieren lastimosos quejidos.

—Que vengan las curanderas y que traigan vendas y ungüentos. Estos guerreros necesitarán todos sus cuidados —ordena Cayo Mario al *secutor*, que no duda en ponerse en movimiento.

Yo hago mención de seguirlo, pero Cayo me intercepta, una vez más, con un manotazo.

—Me has desobedecido. ¡Tú no sirves a esos gladiadores, me sirves a mí!

—Yo sirvo al César —musito, asustada, y me arrepiento en ese mismo instante.

Cayo Mario ríe socarronamente y me agarra de la toga.

—¿Qué haces? —pregunto cuando me empieza a arrastrar, haciéndome tropezar.

—¿No quieres servir al César? ¡Sírvele! ¡Conviértete en liberta! —me grita mi patrón antes de empujarme dentro del coliseo y cerrar el portón.

Diversos esclavos recorren los confines del coliseo para encender las antorchas, haciendo retroceder a la oscuridad que estaba empezando a reinar en su interior.

Se abre el portón contrario al mío y entran dos gladiadores a caballo, El animal frena cuando aún está lejos y se baja su jinete, el *eques*, y un guerrero con un gran escudo y una lanza, un *hoplomachus*, supongo.

—Salve, César, los que van a morir te saludan —dice cada uno y sólo entonces reparo en que son mujeres. Gladiadoras.

Repito sus palabras con sorpresa. Hace años que no veo una gladiadora.

La *eques* vuelve a montarse en su caballo, que se dirige hacia mí, y la *hoplomachus* la sigue a la carrera desde la distancia. No corro más que un caballo y no puedo luchar contra la lanza ni la daga de la *hoplomachus*. Soy una esclava y sé que no tengo ninguna oportunidad mientras me apresuro al portón maldiciendo mi vestimenta larga y mis sandalias desgastadas.

—¡Por favor! ¡Ayudadme! —pido cuando llego al portón, asiendo sus barrotes con tanta fuerza que mis nudillos se tornan blancos, gritando tan alto que siento cómo se me quiebra la voz.

La primera embestida del caballo me tira al suelo, sacándome todo el aire de los pulmones. La *eques* me apunta con su lanza.

—Un *bestiarius* nos hubiera venido mejor... —comienza Cayo Mario—. Al fin y al cabo, Myia es una alimaña.

Enfurezco y me yergo, retrocediendo hasta que mi espalda toca los barrotes. Los barrotes del coliseo.

La *eques* me ataca arrojándome su lanza y yo me aparto, dejando que esta atraviese los barrotes y se pierda en los pasadizos subterráneos que dan a las celdas.

—¿Y tu lanza? —le inquiero, burlesca, al tiempo que nos alcanza la *hoplomachus*.

—Te mataré con esta daga —contesta sin reparar en nuestra enemiga, que, desde su espalda, le pasa una daga gemela a la suya por el cuello. Apenas un hilillo de sangre emana de su garganta.

—Yo tenía la misma idea. Retírate —la *eques* obedece, alejando a su caballo consigo. La *hoplomachus* sigue caminando hacia mí, con la daga en alto y yo me agacho por instinto.

—Cógelas —oigo un susurro a mi espalda y noto junto a mis muñecas las armas del *dimachaerus* por el que ahora estoy condenada. Dos espadas, dos oportunidades que tomo lentamente en mis manos, introduciéndolas en el coliseo.

La *hoplomachus* lanza su ataque, que paro con una espada despidiendo su daga varios metros, y le barro los pies con la otra, tirándola al suelo. En un ávido movimiento pongo ambas armas en su torso. Una amenaza tácita.

—Tú ganas, liberta —pronuncia ella, cambiando mi vida para siempre.

Ya no soy una esclava, ya no discuto con los gladiadores. Ahora... ahora soy una de ellos.